

Isis al aparador. Cuando se sale del patio por el pasillo del Oeste, se entra por frente de Beghé en una columnata separada del Nilo por las ruinas del templo, cuyo pórtico forma la galería occidental del primer patio. ¡Cuántas veces fuimos allí, cerca de aquellos pilares, cuya base, sin haberse doblegado por en medio, presenta un asiento ordenado por líneas ligeramente curvas.

Los cuatro pilonos y los dos patios anuncian dig-

namente el gran templo de Isis. Diez bellas columnas cubiertas en otro tiempo de pinturas, cuyos colores aun se adivinan, sostienen un *pronaos* imponente, la maravilla de Philæ; multitud de piezas cubiertas de esculturas que suministrarían á los artistas excelentes modelos para vasos, actitudes y trajes del siglo III antes de nuestra era, forman el santuario: en el fondo se ve un nicho de granito rosa. El gabilan de Hator es también el de Isis. Por la parte del Nilo los



Columnata en la isla de Philæ.

muros exteriores abundan en geroglíficos y en figuras. Detrás del muro del fondo se alzan apenas del suelo ruinosas construcciones, hechas con dioses mutilados, sin cabeza ó sin piernas, según el vacío que debían llenar: así en los muros de la edad media se hallan bajo-relieves romanos; reconocense aquí los restos de una iglesia edificada con las ruinas que los cristianos hicieron; iglesia que ha vivido menos que los templos, sus hermanos mayores.

Delante de nosotros, casi á la estremidad Norte y entre bosquecillos de palmeras, el agua brillante aparece bajo los arcos de tres puertas cimbradas y muere en las gradas de una escalera derruida: es la ca-

serna ó arco triunfal de Diocleciano. Volviendo por la orilla oriental, llegamos, al fin, á la bella sala descubierta, que, situada sobre el Nilo en un alto terraplen, atrae irresistiblemente las miradas, el templo *hypathro* de Isis, formado de catorce columnas y un imponente arquitrave. La vegetación que lo rodea hace de este paraje, un poco antes de ponerse el sol, un sitio delicioso para la lectura ó la conversacion. El espacio que se extiende desde el pie de la eminencia al propilono de Nectanebo, está lleno de ruinas entre las que se oculta un pequeño santuario consagrado á Hator, madre, por su libertad; pero apenas se ven su gracioso pórtico y bajo-relieves ennegreci-

dos por los fuegos de los viajeros que establecen en este paraje su cocina.

Tales son las ruinas que cubren casi enteramente la isla de Philæ que mide 370 metros de longitud y 240 de latitud; pero los edificios mas ó menos conservados, solo ocupan su novena parte. Los templos de Hator y de Isis podrían fácilmente restaurarse y se podrían también, sin gran esfuerzo, impedir la caída de los otros. Y no se desdeñen estas ruinas por

su época relativamente reciente: el sitio que decoran no es su única belleza. Si es verdad que la época de los Rhamses vió elevar la mayor parte de los colosos y edificios magníficos, el advenimiento de los Ptolomeos fue la señal de un renacimiento célebre en las letras y las artes. Lo que los templos perdieron en enormidad, ganaron en proporción y gracia. Acaso acaso abandonáramos mas bien al menosprecio de los egiptólogos las restauraciones romanas; pues



Pilonos del templo de Isis en la isla de Philæ.

la influencia griega, impuesta menos bruscamente á la arquitectura faraónica mas de dos siglos antes de la conquista de Alejandro, en tiempos de Psammetico y Amasis, modificó sus tradiciones, sin alterar su espíritu, sin imprimir en sus obras un sello extranjero. Así es que los pilonos se refieren muy bien al templo de Hator, erigido cerca de un siglo antes por Nectanebo, y que el soberbio *pronaos* del templo de Isis reúne la elegancia ática, á la magestad egipcia. Y cómo no recordaría con gratitud la ciencia á los Ptolomeos y á la isla Philæ? En Philæ encontró Belzoni la inscripción bilingüe en que los nombres de Ptolomeo y de Cleopatra, escritos en gero-

glíficos semejantes á los de la inscripción de Rosetta, permitieron á Champollion el joven descubrir los caracteres fonéticos en la escritura egipcia, descubriendo así el misterio de su lengua.

Philæ tiene su historia política y religiosa. Llave de las cataratas, fue la muralla de las dinastías tebainas contra las incursiones de las hordas etiópicas, y vino á ser su refugio cuando los hombres del Norte, pastores ó *hiksos* inundaron el bajo y medio Egipto. Los Rhamses vencedores de los extranjeros, cubrieron de edificios las dos islas sagradas, cuna de la independencia. Y si Philæ no ha conservado nada de sus dones, halláanse en Beghé ruinas que pertenecen al rei-

nado de un Amenophis, sucesor de Meris y antecesor de Sesostris. Amenophis, el Memnon griego, saliendo á campaña contra los etiopes, dejó en una roca una inscripcion que testifica su paso. Puede atribuirse á las devastaciones de Cambises á fines del siglo VI la escasez de edificios antiguos en la isla de Philæ. Nectanebo, de la última dinastía nacional, comenzó á levantar las ruinas hácia 370; los Ptolomeos continuaron la restauracion interrumpida por una nueva invasion persa, y nosotros hemos visto que los Césares aceptaron esta herencia de los reyes griegos. Cuando el imperio, amenazado por el Norte flaqueó en sus fronteras meridionales, Philæ fue en la Nubia su última ciudadela. Diocleciano la fortificó y construyó en ella el arco triunfal ó caserna de que aun quedan tres puertas cimbradas hácia el Norte de la isla.

Cuando los Faraones, Ptolomeos y Césares la abandonaron, quedaron en ella sus dioses sosteniendo un largo sitio contra las nuevas creencias. El antiguo Osiris tenia allí su sepulcro; Isis y Hator, todo un pueblo de pontífices y sacerdotisas, que no podian salir de la isla y descendian despues de la muerte á una necrópolis subterránea, donde sin duda estaba el dios depositado. La santidad de Philæ se habia aumentado con el culto de los genios locales; porque ninguna divinidad egipcia estendia mayor influencia por el mundo romano que Isis y Osiris; últimos nombres de Ammon y de Neith, vinieron á ser con su hijo Horo, hácia los últimos siglos de nuestra era, los jefes de la gerarquía: la última triada eclipsaba á la primera. El cristianismo entró tarde en Philæ, y en la segunda mitad de nuestro siglo VI, la vieja Isis era adorada aun en la isla. El islamismo fue quien tuvo la triste gloria de acabar con el inocente ídolo; pero no pudo sustituir aquel pacífico reinado sino con la soledad y el vacío.

La Nubia.

Desde antes de ayer estamos en Nubia, y nada, sin embargo, ha cambiado; acaso una vegetacion mas rica aun se estiende en estrechas zonas al pie de las dos cadenas que oprimen al Nilo en las gargantas de Taphis. Aquí la márgen líbica, colgada á la amarillenta montaña como una franja verde, nos ofrece un paseo delicioso. Una caravana desfila como un hormiguero por un camino elevado, donde los muros de un gran convento siguen serpenteando las asperezas de las rocas, ó acaso sea alguna mezquita desierta donde los ribereños se juntan para abrir el Bairan. Las ruinas faraónicas abundan: á lo lejos, despues de subir una roca perpendicular, se ven en un laberinto de montañas unas columnas que se destacan en el horizonte inflamado por el sol poniente: es toda una ciudad fantástica, desconocida que nin-

gun pie ha pisado; algunos viajeros, tentados por la tradicion han buscado el camino y se han perdido en los recodos y senos de aquel dédalo, conservando la ciudad incógnita su misteriosa fama.

El cáncer, animal fantástico, celeste cangrejo de ardientes garras, de inflamada concha, de aliento de fuego que todo lo quema á su paso... así es, segun los poetas, como se quiere figurar el Trópico. El cáncer está sobre nuestras cabezas y nosotros no vemos mas que dos ó tres escorpiones en el polvo. La naturaleza yace en un completo reposo bajo encantadoras sombras y el tibio aire respira dulcísimos aromas: nada es mas templado que la zona tórrida. Verdad es que estamos en invierno y hace calor como en estío. Hasta aquí no ha marcado el termómetro menos de 6° centígrados á las seis de la mañana, mas de 29 al medio dia, menos de 7 á media noche. Aun se mantiene la temperatura de la mañana y de la noche entre 9 y 13°: del 8 al 12 de enero, es decir, en las inmediaciones del trópico, notamos una elevacion sensible, de 30 á 32° al medio dia, de 14 á 17 por la mañana, de 15 á 19 por la noche.

Es preciso reconocer que estamos en la Nubia. Ya no se habla el árabe y nuestro dragoman, desorientado, debe ceder sus ocultos beneficios á uno de nuestros marineros que conoce el *barbarin*, ó lengua del pais. Los nubianos, generalmente inofensivos, tienen sin embargo cierto porte guerrero: el puñal atado al brazo con una correa, el arco de madera de hierro y un escudo de piel de cocodrilo, son las insignias y garantías de su libertad; el gobierno no obtiene nada de ellos, sino á la fuerza. Vigorosos cultivadores, disputan al rio, á medida que decrece, el limo fecundo que basta á cuatro cosechas. No creais que labran, no; se contentan solo con sembrar, depositando el grano en someros hoyos y la naturaleza hace lo demás. Ya se comprende que un clima tan favorecido no impone á los nubianos la incomodidad de los vestidos: la mayor parte de ellos no llevan sobre sí mas que su negra piel y sus armas. Las mujeres, sí que usan trajes; se tiñen tambien los labios y llevan los cabellos en mil pequeñas trenzas que no se hacen todos los dias. Las egipcias las hallarian indecentes por dejar ver la parte inferior del rostro: mucho mas á las doncellas, que hasta casarse no llevan por todo velo mas que un estrecho ceñidor. Los pueblos, bastante inmediatos, solo constan de quince ó veinte cabañas de adobes cubiertas con hojas de palmera; delante de estas chozas, en Dolce por ejemplo, hay y colocadas unas vasijas en que se guarda el trigo.

En Nubia se hallan ruinas de todos los tiempos y de todos los dioses antiguos. Sin embargo, los alrededores de Philæ son el reino de Isis y Osiris: en Debud quedan vestigios de su culto; en Kartas se reconoce aun á Isis en sus cabezas de largas orejas

esculpidas en los ángulos de los capiteles. La Nubia no tiene monumento mas bello que el templo de Kalabche. En medio de los sicomoros aparecen inmensos cúmulos de piedras como si la montaña hubiera derramado sus entrañas hasta la orilla del rio. Una magnífica via de piedra de sillería conduce desde el Nilo á un gran pilono. Detrás de los vastos *propileos* arruinados, se sostiene todavía con sus puertas y sus muros de apoyo, la fachada del pronao, cargada de esculturas en que abunda el emblema del sol. En el *naos* llaman singularmente la atencion brillantes pinturas; alrededor del *sekos* se ven espaciosos corredores y escaleras; finalmente un doble recinto rodea el templo como una fortaleza. Por marco de este grandioso cuadro, una tierra salvaje, montuosa; un rio impetuoso que se rompe y precipita en las gargantas de Taphis á donde hemos subido con gran dificultad; al pie de las ruinas un pueblecillo humilde, triste, donde todos los años se hace la quinta á tiros como una caza. Aquí floreció la antigua Talmis por la gracia de su dios Mandu-Ra, hijo de Horo y de Isis, tercera y primera persona de la triada suprema, nombre de Kons y de Ammon clave de toda la mitología egipcia.

El templo de Dandur fue construido por Augusto; la bella época está lejos de nosotros y la posicion de las ruinas por encima del Nilo hace mas por ellas que el estilo de los bajo-relieves. El *hemispeos* de Ghirch Husein se compone de un cuerpo saliente, que casi ha desaparecido, y de tres salas subterráneas, donde á la luz de las antorchas se ven las estatuas y emblemas de Phta, el fuego central ó el movimiento universal. Unas puertas laterales conducen á profundidades pobladas de silenciosos pájaros y reptiles que al arrastrarse dejan un rastro luciente sobre las húmedas piedras. Nosotros no osamos arriesgarnos avanzando en aquella oscuridad á donde descendian los iniciados en tiempo de Sesostris.

Pasamos rápidamente por delante de los dos templos de Dakkeh, antigua Pselcis, bien que estén dedicados á Tot, el dios de las artes y letras. Las ruinas de Maharakka, posteriores é inferiores á muchas otras, nos suministran, sin embargo, un motivo pintoresco: se asemejan á esos castillos que construyen los niños con cubos de madera siempre inversos. Un patio rodeado de columnas queda en pie. A algunos metros del lado oriental yacen los uniformes restos de un edificio mas antiguo, que acaso sirviera para la construccion del nuevo. La serie de esfinges que vale á Sebona el bello nombre de valle de los Leones, no es ya mas que una continuacion de escombros por delante de un *hemispeos*, cuya entrada intercepta la arena.

La lentitud del barco, el calor creciente, el aspecto desolado del pais que atravesábamos, nos abrumaba

de hastío. Nada de montañas, pero cúmulos de calcinadas rocas, hendidas ya por el tiempo, ya por el sol de los trópicos: á todo nuestro alrededor una arena abrasadora; el desierto rodeaba el agua, los pueblos escaseaban y los hombres cada vez mas salvajes. Muy cerca de las ruinas de Sebona, el 12 de enero á las tres, la mala voluntad del viento nos precisó á hacer uso de nuestro firman; pero cuando quisimos requerir gente de un inmediato caserío, encontramos una rebelion. Hacia ya mucho tiempo que esperábamos inquietos la vuelta del *reis* y del *camas* cuando oimos una detonacion. Al punto mandamos amarrar el barco y bajamos á tierra con parte de la tripulacion á defender á los nuestros, que llegaban seguidos de una multitud de vocingleros, á quienes nuestra escolta hizo retroceder: oíase un gran tumulto, y como siempre, las agudas voces de las mujeres y de los muchachos subidos en los terrados. Al principio no vimos que nuestra gente traia un prisionero importante, el mismo *jeque*; nuestra actitud enérgica y conciliadora á la vez, impuso algun respeto á los salvajes, y como el disparo hecho, se nos dijo sin intencion, no habia herido á nadie, se hizo la paz prontamente. El café y veinte y dos malos cigarros distribuidos hábilmente, hicieron de los mas discolors, nuestros mejores amigos. El mismo *jeque* se agarró tambien á la cuerda y el barco avanzó rápidamente, que era lo que nosotros queríamos. Desde entonces toda aquella gente se puso á nuestras órdenes; correos enviados delante prevenian al pueblo de nuestra llegada y á la hora prefijada encontramos nuestro relevo.

Nuestra marcha se entorpecía sin cesar en los escollos de las rocas que encontrábamos á flor de agua, escollos que abundaban desde Philæ, y que sirven de base á los *kiehs*, máquinas sencillas con que se eleva el agua para el cultivo con ayuda de un aparato análogo á la rueda de una draga. Los *kiehs* toman en Nubia enormes proporciones: diríase que son especies de fuertes con sus plataformas de palo de palmera sobre su parte superior, muy elevada por cierto, el conductor de los búfalos ó bueyes, que imprimen movimiento á la máquina pasa su vida sentado sobre un travesaño del tiro, y desde allí á la vez que aguija á los animales, se entrega al *kief* oriental soñando en el paraiso de Mahoma, á menos que no cante dulces aires como los que Feliciano David ha tomado del desierto.

En Korosko reposamos dos dias: Korosko es un malísimo pueblo, muy frecuentado sin embargo, porque de él parten las caravanas que quieren ir á Kartum por el desierto de Atmur-Bela-Ma. Celébrase, sin gran razon que digamos, el *kan* de Korosko, terreno cuadrado circuido de muros y lleno de fardos para el comercio del Sudan. Nuestra permanencia

en este punto no reconocia otra causa que la pereza de nuestros marineros, quienes nos suplicaron les otorgáramos un día de asueto para beber una cerveza, exquisita, segun ellos, que se fabrica en Korosko. Nosotros entramos en una especie de café, sito en una garganta salvaje á la entrada de un gran barranco, que ha de haber sido un brazo del Nilo.

Dos feísimas brujas, negras como la tinta, hacian los honores de la casa: la dueña, cargada de

brazaletes de marfil y otras zarandajas, reunia sin duda á sus funciones aparentes, atribuciones mas equívocas. Sirvióse la cerveza, hecha de trigo fermentado en agua, en ánforas de barro cocido, cuyo cuello estaba coronado de un líquido espeso y amarillento. Es un brevaie asqueroso, á la vista al menos, pero no á juzgar por la acogida que le hiciera nuestra tripulacion. A la despedida hubo gritos, porque aun habia sed sin duda; pero unas bodas á que



Maharaka.

fuimos convidados, les proporcionaron nueva ocasion de cantar y de beber.

Gran curiosidad teníamos de comparar el casamiento de Mahmud con unas bodas nubianas. El primero le aventajaba en decencia: el buen tono es una propiedad relativa; aquí los hombres y las mujeres en confusion reian y cantaban en un turbion de suciedad, de polvo, de gritos y tinieblas. Una bailarina del pais hacia cabeza entre varios grupos de bailarines que avanzaban hácia ella en actitudes demasiado significativas: la bailarina era una gran negra, bien formada, audaz, y cuya mímica aunque brutal no de-

jaba de ser espresiva. Su ancho ropaje azul, arrasando por tierra, dejaba ver sus hombros relucientes; las trenzas de sus cabellos, adornados de zarandajas, se entrecrocaban haciendo un ruido chillon. Por desgracia esta seductora bailarina exhalaba un olor nauseabundo, pues acostumbran en tales dias estas mujeres hacer uso de grasa de carnero en lugar de pomada. En el momento mas crítico, nuestros fuegos de bengala iluminaron repentinamente la escena: los azulados resplandores corrian sobre aquel caos de negras cabezas y la túnica de la bailarina parecia un vapor ligero. Producido el efecto, hicimos grave-

mente nuestra salida en medio de frenéticas aclamaciones. Nuestra reputacion de magos estaba hecha. ¡Arriba! ¡perezosos marineros! ¡que ya es hora!

¡el sol sale! ¡la noche ha sido fresca! ¡á la faena! Las orillas del rio han vuelto á tomar su aspecto de pintoresca riqueza. Véense aun rocas perpendicu-



Kartas.

ares y campos estrechos que asemejan á jardines. En Deer un templo medio empotrado en la roca y dedicado por Sesostris á Ammon y á Phre conserva frescas pinturas que datan de los Ptolomeos y de las estatuas de Isis, donde se encuentra el retrato de una

reina Arsinoé. Ibrim, en otro tiempo Primis posee sobre una eminencia que costea el rio un antiguo castillo sarraceno y mezcla las ruinas de dos templos antiguos con las de una capilla griega. En el fondo de cuatro *speos* ó escavaciones, Prim, genio del lugar,